



DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO

TOMAR SU CRUZ CON CRISTO...

“Mientras caminaba, preguntó Jesús a sus discípulos”: “¿quién dice la gente que soy yo?”
(Mc 8, 27).

"Mientras caminaba", es quizás siempre en el transcurso de la caminata y la peregrinación donde surgen las verdaderas preguntas. Debemos estar en movimiento. En nosotros, amar el movimiento, la flexibilidad de la mente y del corazón, (como nos lo dirá más adelante, el Padre Palau), escuchar las preguntas que importan. Pero este camino es también para Jesús hacia Jerusalén, ciudad de todos los peligros donde será condenado y ejecutado. Por ahora, Jesús y sus discípulos están cerca de Cesárea de Filipo, una aldea en el extremo norte de Israel, abierta a los paganos. Es allí, en la tierra de variada cultura, donde ocurre la confesión de Jesús como Mesías.

Pierre es, por primera vez, el portavoz del grupo. Su declaración es contundente. Y justo. Pero sigue siendo ambiguo. Porque el Mesías puede entenderse como el Rey de Israel, el libertador del poder extranjero. Y este no es el caso. Jesús no está allí para suplantar al César, sino para dar testimonio de quiénes son tanto el verdadero hombre como el verdadero Dios.

Y Jesús cuenta abiertamente a dónde debe ir para estar en verdad consigo mismo. Amar sin medida, hasta consentir el sufrimiento de amar, de entregarse, de ser abandonado y despreciado. No retener nada de sí mismo, porque está ahí y sólo ahí donde él es Salvador y Señor. Posición posiblemente opuesta a un mesías político. ¡A Pedro, además, no le gusta lo que dijo Jesús! ¡Extraña inversión donde el discípulo reprende al Maestro!

Quizás estemos muy a menudo en el mismo lugar que Pedro. Querer que nuestro Dios nos dijera lo que nos haría felices, nos reconfortaría en nuestras representaciones y nuestras ideas y sobre todo no nos pediría involucrarnos en cuerpo y alma. Pero ahora no es así y el camino del discípulo también será hacia Jerusalén. La de ayer como la Jerusalén de hoy para nosotros: un lugar donde se revela la verdad de nuestra vida y de nuestros compromisos misioneros. Jerusalén donde se hará esta increíble confesión de fe: la del centurión mirando al crucificado: "*¡Este era verdaderamente hijo de Dios!*" (Mt 27, 54)

Y el Padre Palau nos anima en estos términos:

“Comienza a mirar, a contemplar y meditar en Jesús crucificado, el cuerpo moral suyo que es la Iglesia llagada por las herejías y errores y pecados; y en fruto de esta meditación nota bien lo que voy a decirte. Rendida al pie de la cruz, adórala, y ofrécete, date y entrégate toda a Él para que en ti y por ti y contigo haga lo que le pazca. Ofrécete en el santo sacrificio de la Misa juntamente con Jesús, en sacrificio, en expiación de tus culpas y de las de todo el mundo; y... negocia en el cielo la cura y el alivio de Jesús paciente en su cuerpo místico crucificado” **Escritos p. 1081.**

¡Que podamos decir y hacer lo mismo, desde el fondo de nuestro corazón!